

Rebecca va a Sudamérica



Escrito por: Rōe Tatara, Ilustrado por: Chiyo Kinjō

Los campos de la soja se extienden sin fin, hasta el lejano horizonte.
De vez en cuando, se veían rebaños de ganado, pero el paisaje seguía siendo el mismo.
Esto es Paraguay, otro lado del mundo, Sudamérica. Tras un vuelo de 30 horas desde Japón, Rebecca estaba mirando por la ventana de un autobús viejo, que avanza dando tumbos por la carretera llena de baches.

«¿Cómo serán los niños que encontraré en la escuela primaria en la que voy a trabajar?». El autobús se detuvo frente a la puerta de la escuela primaria de Trinidad. Rebecca exhaló con fuerza, «¡Uf!», como para ahuyentar su ansiedad. Cuando eso, los niños comenzaron a venir uno tras otro.
Ellos observaron a la maestra joven de Japón, con mucha curiosidad.
Las palabras de saludos en español que había practicado no le salían de su boca. (Ay, Dios mío...) En ese momento, con impulso, cogió una ramita y dibujó en el suelo un dibujo de una hoja grande y un pájaro del jardín. Los niños lanzaron gritos de alegría. «¡Hurra!»

Rebecca nació en Sendai. Le encantaba su nombre, tomado de la Biblia. Desde pequeña le

gustaba dibujar.

Naomi su hermana menor, le pedía a su hermana mayor.

«¡Hermana, dibuja me algo para mí!».

«Mmm, ¿qué te parece esto?».

A Naomi, los crayones de su hermana parecían mágicos. Hermosos castillos, lindos pájaros y los animales...

«¡Hermana, es increíble! ¡Dibuja me más!».

Al graduarse de la escuela de arte, Rebecca decidió solicitar a ser Voluntarios de Cooperación Internacional de Japón.

«Quiero ayudar a las personas de los países pobres».

Finalmente, su sueño se hizo realidad y llegó a la pequeña aldea de Trinidad, en el lejano Paraguay, Sudamérica.

«Rebecca, ¿dónde está Japón? ¿Cómo es?», la bombardeaban con preguntas.

Y jugando con los niños, ellos le enseñaban el español.

«Arigato» se dice «gracias».

«Mizu wo chodai» se dice «agua, por favor»

Desde la mañana hasta la noche, corría con los niños. Estaba ocupada, pero alegre.

A la noche todo quedaba en silencio, completamente oscuro, sin luces. Al mirar al cielo nocturno, la Cruz del Sur brillaba intensamente.

«Querido Dios, estoy aprendiendo las palabras poco a poco. También he empezado a enseñar dibujos. Por favor, acompáñame mañana también...». Así, todas las noches, antes de terminar la frase, se quedaba dormida.



Un día, una niña se paró frente al aula sin lograr entrar en la clase.

«¿Qué pasa?».

«.....».

«Bueno, entonces intenta dibujar lo que te gusta».

Se sentó junta con ella en el jardín, esperando hasta que empezara a dibujar algo.

Al cabo de un rato, la niña empezó a dibujar con un palito a su madre.

Su madre parecía estar en la cama.

«¿Está enferma tu mamá?». La

niña asintió con la cabeza.

«Oremos a Dios para que tu mamá se recupere pronto».

«Gracias, Rebecca».

Ella respondió con voz débil. Rebecca le abrazó a la niña con fuerzas.

Las clases de dibujo fueron muy populares entre los niños.

Aun en la pobreza, al dibujar libremente y con entusiasmo les surgían fuerzas para desafiar a cosas nuevas.

Rebecca decidió presentar los dibujos de los niños al Concurso Mundial de Pintura Infantil.

«Si alguno de ellos ganara un premio, todos estarán muy felices».

Pasaron pronto dos años, llegó el día en que Rebecca tuvo que regresar a Japón.

«Volveré otra vez a Paraguay».

«Lo harás, ¿verdad?».

«Lo prometo. Definitivamente volveré».

Al ver hacia atrás por la ventana del autobús, Rebecca vio los niños que saludaban sin cesar con sus manos.

Una noticia inesperada llegó a la oficina de Voluntarios de Cooperación Internacional de Japón. Dos pinturas de los alumnos habían sido seleccionadas para los premios de oro y bronce.

En la escuela primaria de Trinidad se celebró una ceremonia de entrega de premios con los aldeanos invitados. El niño que dibujó la pintura ganadora del premio de oro tenía una discapacidad.

«Miren la cara de alegría de mi hijo. La esperanza ha llegado a nuestro hogar. Gracias», dijo su madre, con lágrimas en los ojos, mientras expresaba su gratitud una y otra vez.



Sin embargo, cuando esta alegre noticia llegó a Japón, Rebecca ya había regresado al cielo. Poco después de su regreso a Japón, le descubrieron que padecía de cáncer.

Pasaron varios años. La hermana menor de Rebecca, Naomi, decidió viajar a Paraguay por primera vez.

Guiada por una guía turística del local, llegó a la escuela primaria de Trinidad, la tierra donde su hermana Rebecca había pasado su juventud con tanta pasión.

«Hermana, por fin llegué».

Al mirar hacia arriba, vio un cielo azul sin nubes que se extendía sobre ella.

Entonces, la directora corrió hacia ella.

«¿Eres la hermana de Rebecca?»

Cuando Naomi respondió que sí, la directora exclamó: «Nunca imaginé que conocería a la hermana de Rebecca. ¡Yo era su alumna!».

La directora abrazó a Naomi. Las lágrimas de alegría brotaron de sus ojos.

«Ahora, entra. Esta es la sala, donde Rebecca solía dar la clase».

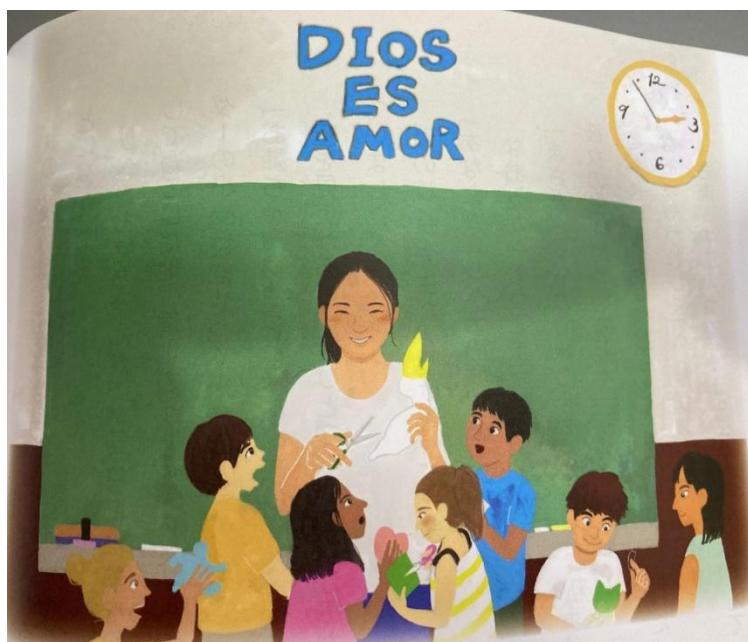
En la pared del aula, había un escrito que decía: «Dios es amor».

La directora mirando ese escrito dijo: «Cuando mi madre estaba enferma, Rebecca oró conmigo».

«¿Así era?»

«Rebecca siempre nos animaba diciendo: "Dios escucha nuestras oraciones, ¿sabes? En los momentos de alegría y también de tristeza. Así que, levanta la cara"

Por eso puedo enseñar a los niños de la misma manera. Rebecca sigue con nosotros ahora también».



Naomi volvió a mirar el cielo azul.

«En Paraguay, pasé momentos muy felices, sostenida por el gran amor de Dios hasta que me olvidé de mí misma».

Parecía que la voz de mi hermana se escuchaba desde el cielo.

(Fin)

*(Esta historia está basada en hechos reales.)